



Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Facultad Filosofía "Samuel Ramos Magaña"

Condición política y corresponsabilidad humana

Informe Académico por Actividad de Investigación para
obtener el grado de Licenciada en Filosofía

Presenta: Tsurí Chávez Gómez

Asesor: Raúl Garcés Noblecia

Morelia, Michoacán. Octubre 2022

ÍNDICE

Resumen-----	1
Introducción-----	2
Condición política y corresponsabilidad humana-----	3
La política como ejercicio de la maldad banal-----	5
Condición política de la acción humana-----	9
Por una política de la corresponsabilidad-----	13
Conclusión-----	17
Bibliografía-----	20

Resumen: Esta investigación recopila parte del pensamiento filosófico y político de la autora alemana, Hannah Arendt. La intención es señalar cómo las aportaciones conceptuales de la condición humana, la acción, la pluralidad y la natalidad, nos brindan una propuesta que ayuda a comprender la sociedad contemporánea violenta, pero también para darnos una alternativa para salvaguardar la libertad que si bien es una conquista, no es un asunto que se otorga sin dramas históricos. Se trata una invitación a la recuperación de la dignidad de pensar a la política como una práctica de acciones humanas que valen la pena rescatar y cultivar. Actuar para construir puentes entre la innegable responsabilidad que se genera para las personas al compartir un tiempo y un espacio como humanidad, frente a la rampante realidad violenta que se ejerce sobre personas, medio ambiente y el mundo que se ha construido hasta nuestros días. La posibilidad de generar relaciones humanas amistosas se abre desde un horizonte lejano a la ingenuidad, pero cercano la corresponsabilidad de construir mejores posibilidades de existencia.

Palabras Clave: Política, Libertad, Corresponsabilidad, Acción, Violencia.

Abstract: This research work compiles part of the philosophical and political thought of the german author, Hannah Arendt. The intention is to point out how the conceptual contributions of the human condition, action, plurality and birth rate, offer us a proposal that helps us understand violent contemporary society, but also to give us an alternative to safeguard freedom, that although it is a conquest, is not a matter that is granted without historical dramas. It is an invitation to recover the dignity of thinking of politics as a practice of human actions that are worth rescuing and cultivating. The idea is to act to build bridges between the undeniable responsibility that is generated for people by sharing time and space as humanity, in the face of the rampant violent reality that is exerted on people, the environment and the world that has been built to this day. The possibility of generating friendly human relations opens from a horizon far from naivety, but close to the co-responsibility of building better possibilities of existence.

Keywords: Politics, Freedom, Co-responsibility, Action, Violence.

INTRODUCCIÓN:

Este breve ensayo busca mostrar la correlación que hay entre la pérdida del recurso de la acción política frente a los acontecimientos violentos en sus diversas expresiones. La hipótesis central del trabajo es que la corresponsabilidad humana es un proyecto para irrumpir en el mundo, no para destruir sino para construir otras concepciones de vida alternativas y que a su vez es una forma de alcanzar y preservar la libertad.

Uno de los objetivos generales para lograr mostrar dicha hipótesis es la exploración de la preocupación Arendtiana por analizar fenómenos como el totalitarismo y la banalidad del mal. Otro de los objetivos generales será exponer la propuesta de la autora sobre cómo la acción política expresa una superación social sobre las manifestaciones de violencia. Dicha noción no puede dejar de lado la formulación del concepto de pluralidad humana, como reconocimiento de la responsabilidad entre los miembros de una colectividad que aspira a dejar un legado político. Finalmente, se retoma la noción aristotélica de amistad, donde se busca mostrar como Hannah Arendt retoma y actualiza dicho concepto para poder generar su propia propuesta.

En el primer apartado se explican dos conceptos principales: El totalitarismo y la banalidad del mal. El primero que pertenece a la vasta y reconocida obra que lleva por título *Los Orígenes del Totalitarismo*, y el segundo que aparece en el artículo del juicio a un miembro Nazi encargado de programar los embarcos de personas a los hornos de exterminio, titulado: *Eichman en Jerusalem*. Ambos conceptos se toman aquí para dar cuenta de cómo un régimen que establece la violencia como algo normal tiene la complicidad de una sociedad que se alinea, por acción u omisión, a una norma donde nadie es responsable de los actos atroces injustificados.

En el segundo apartado se analizan los conceptos de lo que la autora engloba en la *Vita Activa*, dando especial énfasis en el concepto de Acción Política. Ya que la valoración de tal categoría es la clave para entender que la libertad se preserva y se goza en conjunto en aquellos lugares donde las personas se ponen de acuerdo.

En el tercer apartado, se aborda la importancia de enfatizar que ninguna acción política se da sin la condición de la pluralidad. Es gracias a la gran cantidad de contextos culturales y personas que son irreducibles a una sola representación que se puede lograr establecer una comunidad de personas con vistas a generar acciones y palabras para construir proyectos. En este sentido se alude al filósofo griego, Aristóteles, de quien la autora pide prestado su concepto de amistad, para reformularlo e introducir esta idea de pluralidad.

Condición política y corresponsabilidad humana

“Una vida sin acción ni discurso está literalmente muerta para el mundo;
ha dejado de ser una vida humana porque ya no la viven los hombres”

(Arendt, La Condición Humana., 1998, pág. 201)

Los planteamientos políticos formulados por Hannah Arendt se han destacado por sus aportaciones conceptuales en las reconsideraciones sobre la violencia y el mal radical, la acción política y la libertad, reflexiones que la conducirán a una crítica del totalitarismo en la Europa de su tiempo. Proponiendo para ello, una reformulación del concepto de acción política y la necesidad de preservar el espacio público como una esfera vital para la existencia humana.

Sus originales aportaciones al pensamiento político filosófico, serán retomadas a lo largo de este ensayo para dar cuenta como sus propuestas se encuentran con un pie en la tradición y con el otro en la mira de los acontecimientos que presenció, sufrió y que a partir de ellos identificó como problemáticas de su siglo. Tales propuestas se nos presentan como herramientas para evitar que la humanidad continúe transitando a ciegas sobre las recurrentes crisis que enfrenta actualmente.

Diversos intérpretes destacados de su pensamiento como Fina Birulés, Manuel Cruz y Cristina Sánchez, insisten en recuperar sus pensamientos sobre

diversos asuntos públicos que resultan paradójicos, pero que se convierten en problemas ineludibles para volver a repensar, y así, lograr comprender las cuestiones antropológicas, políticas que giran alrededor del problema de la maldad, el totalitarismo, la acción política solo por mencionar algunos. Hannah Arendt lo ilustra bajo su propia y terrible experiencia, al enfrentar la agresión social instituida por el mal extremo desatado por la política totalitaria desarrollada durante la Segunda Guerra Mundial, donde la violencia cómplice y desmesurada se impuso sobre las decisiones y la voluntad de los ciudadanos.

La pensadora, nacida en Hannover, Alemania, pertenece a una tradición política que se encarga de la denuncia histórica de esta situación social adversa y represiva durante los regímenes totalitarios occidentales (nazismo y el triunfo de los bolcheviques rusos), donde grupos minoritarios -particularmente el de los judíos- sufrieron formas de reclusión y denigración radicales en los que se desconocieron toda dignidad de su existencia humana, asumiendo sus vidas como experiencias sustituibles y prescindibles.

Con ella también recuperamos para la reflexión filosófica política, la fortaleza de un espíritu audaz y crítico ante lo que la racionalidad estratégica y dominante que intento anular los espacios de libertad y la dignidad humana, sustituidos por la crueldad del exterminio y las diversas modalidades perversas del ejercicio del totalitarismo. Retomamos y coincidimos con Hannah Arendt la importancia de esclarecer conceptos como: acción y pluralidad, natalidad y naturaleza, labor y trabajo, en la búsqueda de una explicación y delimitación de la condición política y la corresponsabilidad humana como un proyecto posible para irrumpir, no para destruir sino para construir otras concepciones de vida alternativas.

Por lo que relata Elisabeth Young-Bruehl, en la biografía que escribió de Hannah Arendt, pareciera que el interés por lo público tuvo mucho que ver con haber visto de cerca cómo el egoísmo o el ensimismamiento puede conducir a fines perniciosos para uno mismo o para los demás, esto en referencia al actuar de los intelectuales, como es imponer sus propias categorías a la realidad en vez de ser

sensible ante las complejidades de una situación compleja. "En la época de la subida al poder de Adolf Hitler se había ido fraguando en Arendt un horror hacia los intelectuales elitistas y oportunistas. Eran años en que "el problema puramente personal no era lo que estaban haciendo tus enemigos, sino lo que estaban haciendo tus amigos" (Young-Bruehl, 1993, pág. 13)

Las meditaciones que nos plantea, invitan a pensar nuestra potencialidad de acción común y responsabilidad colectiva, los espacios de libertad y corresponsabilidad, además de brindarnos herramientas filosófico conceptuales para seguir planteando posibilidades ingeniosas y creativas partiendo de nuestras condiciones actuales.

La política como ejercicio de la maldad banal.

“La dominación total, que aspira a organizar la infinita pluralidad y la diferenciación de los seres humanos como si la Humanidad fuese justamente un individuo, sólo es posible si todas y cada una de las personas pudieran ser reducidas a una identidad nunca cambiante de reacciones, de forma tal que pudieran intercambiarse al azar cada uno de estos haces de reacciones.” (Arendt, *Los Orígenes del Totalitarismo*, 1951, pág. 423)

Arendt sostiene en *Los Orígenes de Totalitarismo*, que el mal se instaura como un daño banal en tanto que el maltrato se torna invisible sobre los grupos discriminados, al grado de normalizar e incluso burocratizar la violencia bajo un esquema administrativo intolerante que a su vez se inscribe en diversas actividades laborales y cotidianas, por lo que actitudes y comportamientos pueden pasar desapercibidos por la sociedad que es indiferente a una violencia institucionalizada sin ser objetada. Esto va a generar que los ejercicios de fuerza y violencia injustificados puedan sin más, abarcar e infiltrarse en cada uno de los minúsculos y cotidianos espacios del comportamiento ciudadano. Desde este enfoque la violencia es concebida como una modalidad de las acciones deformadas, puesto que logra

acallar la voz y la conciencia de las personas, situación que deviene en una paulatina y fatídica configuración de sociedades impositivas.

“El totalitarismo, en este sentido, no solo supone una forma de gobierno inédita y con unas características concretas, sino que también produce una determinada socialización, la sociedad totalitaria, en la que la complicidad de la población y la aceptación de la violencia es la tónica general” (Muñoz., 2015, pág. 41).

Una de las paradojas del totalitarismo que consintió su instauración durante la Segunda Guerra mundial, fue el rol que jugaron los ciudadanos quienes permitieron, por acción u omisión hacer algo para evitar el asentimiento de prácticas y políticas condescendientes con el “mal radical”. Para la pensadora dichas prácticas se logran instaurar en la estructura general de las sociedades modernas, de ahí la preocupación ante el peligro de abandonar los espacios donde se logre preservar la libertad de la ciudadanía frente a una masa de personas pasivas y calladas tanto de pensamiento como de acción.

¿Cómo llega a ser posible tal situación? Se suele promover a través del empleo de una ideología patriótica y alienante, que persuade a los sujetos a hacer suyas condiciones de conservadurismo y aislamiento, conformismo e incapacidad para enfrentar las agresiones a la libertad, donde se motiva la indiferencia en los asuntos de interés público y el imparable desarraigo de las grandes multitudes; condiciones fácticas que impulsan los complejos vectores socioculturales considerados por Arendt, como aquellos que deben ser denunciados y criticados ya que suelen preparar los sinuosos caminos que nos lleven a la antesala de un dominio totalitario y global indeseable e inaceptable. (Arendt, 1951, pág. 444).

Tres son las principales condiciones de posibilidad del totalitarismo: a) el antisemitismo, b) la expansión imperialista y c) el racismo, con las que se explica este fenómeno político y social sin precedentes en la historia universal contemporánea. Y los podemos encontrar en la conformación de las sociedades donde triunfa el nacionalsocialismo alemán y bajo el Estalinismo Bolchevique ruso,

escenarios geopolíticos en los que tenemos que reflexionar crítica y profundamente para evitar que vuelvan a suceder. (Arendt, 1951, pág. 8)

Puesto que no existe históricamente un régimen político, ni concepto social previo al totalitarismo que pueda esclarecernos este fenómeno radical, ya que los conceptos como tiranía e imperio, autoritarismo y dictadura quedan rebasados por los eventos acaecidos, no podemos concebirlo como un mero autoritarismo exacerbado, puesto que estuvo apoyado por la sociedad alemana de la época, y al mismo tiempo logró implementar el terror como forma de gobierno, degenerando las modalidades de hacer la práctica política, la concepción del individuo, la sociedad, la condición y la dignidad humana. Arendt reitera que no existen vínculos causales entre determinados hechos históricos y el triunfo del totalitarismo, ya que rebasó los límites de lo conocido en cuanto a dominación, violencia y exterminio.

Así, en primer término, el antisemitismo se considera como un recurso histórico previo e instrumental, diferenciando al antisemitismo antiguo del moderno. El primero es religioso y desemboca en el odio hacia los judíos, mientras que el segundo, es político y excluye a diversos grupos minoritarios, incluyendo al judío. Dicha exclusión es considerada la precursora del totalitarismo, ya propiciado por la decadencia del modelo Estado-Nación del siglo decimonono, que deja de ser garante del cumplimiento, reconocimiento y protección los derechos de los individuos, e incumplió al no incluir a los diversos grupos minoritarios. A consecuencia de tal exclusión fueron expulsados todos los sujetos considerados “parias”, es decir, individuos despojados de vínculos sociales y políticos de la comunidad, que al volverse cada vez sectores más amplios, suponen una amenaza para quienes se consideraban “ciudadanos de verdad” en la antesala del régimen totalitario. Lo que hizo el nazismo y el estalinismo fue darle una solución de dominación y exterminio total, es decir, decidieron eliminar el problema no resuelto de las grandes masas de minorías que se encontraban dentro de sus territorios.

En segundo lugar, el imperialismo, una suerte de “laboratorio”, para lo que después sería el genocidio judío. Arendt nos muestra como la expansión guiada por el interés económico insaciable de la burguesía capitalista tiene la política del

dominio de territorios y poblaciones a través de la violencia masiva. Así, la conquista de poblaciones africanas, que fueron las que nuestra autora analiza, trajo como consecuencia la deshumanización de grandes grupos de personas nativas, sin reconocimiento ni consideración moral de si quiera haber sido considerados humanos. El señalamiento discriminatorio del imperialismo consistía en tratar a las personas como subhumanos, animales y propiedad personal, por lo tanto su destrucción estaba justificada, trazada y allanada. De tal manera, que el exterminio se normaliza como instrumento político, la explotación a través del uso de la violencia para el control y la sujeción llega a tal grado que no resulta difícil despojarlos de derechos básicos para la dignidad humana. Esta irresponsable deshumanización del otro, implicó la eliminación física de la población “sobrante”, a lo cual se suma la eficaz función de la burocracia administrativa y la violencia masiva, condiciones que sin proponérselo legitimaron rasgos que el totalitarismo desarrollaría un siglo después. (Arendt, 1951, pág. 48).

Finalmente, el Racismo, se convirtió en la justificación ideológica y en el proyecto político del colonialismo imperialista que interpreta la historia como la lucha originaria y natural de las razas, por lo tanto, la conquista geográfica se da para enaltecer una herencia biológica superior de una comunidad sobre la otra. Caracterización que el nazismo radicalizó al establecer la superposición entre raza y nación, de tal modo que quienes no eran de la raza prescrita quedaban al margen de la nación y de la comunidad política.

“Las políticas totalitarias —lejos de ser simplemente antisemitas, racistas, imperialistas o comunistas— usan y abusan de sus propios elementos ideológicos y políticos hasta tal punto que llega a desaparecer la base de realidad fáctica, de la que originalmente derivan su potencia y su valor propagandístico las ideologías —la realidad de la lucha de clases, por ejemplo, o los conflictos de intereses entre los judíos y sus vecinos—” (Arendt, 1951, pág. 12).

¿Hasta qué punto ciertos actos perversos pueden llegar a ser socialmente reconocidos y naturalizados? Arendt orienta sus reflexiones sobre la responsabilidad a la que los sujetos no pueden renunciar ya que implica un mal

banal socializado. Los impulsos de los criminales dejan de ser objeto de crítica en tanto que el totalitarismo utiliza el adoctrinamiento de su población para convencer que las agresiones se justifican por disposiciones raciales, culturales, morales y/o ideológicas por lo que la violencia, el terror y la discriminación contra las poblaciones minoritarias o parias, son definidas y aceptadas para su cotidiana actuación.

La indiferencia de la conciencia social frente a la maldad radical se ve protegida por el uso eficaz de la propaganda y el terror, dejando como consecuencia una población completamente sometida, y por otro lado, los victimarios, los que se asumen como emplazamientos indiferentes de aquellos impulsos que ya los constituían, dejando de responsabilizarse y reconocerse en las consecuencias de sus actos. (Arendt, 1951, pág. 345).

Condición política de la acción humana.

“La libertad es en rigor la causa de que los hombres vivan juntos en una organización política, sin ella, la vida política como tal no tendría sentido. La *raison d'être* de la política es la libertad, y el campo en el que se aplica es la acción” (Arendt., Entre lo pasado y el futuro, ocho ejercicios de reflexión política, 1996, pág. 157)

Para Arendt, la distinción entre la naturaleza humana y condición humana es crucial para entender sus pensamientos sobre lo que es política, tal como lo afirma Sánchez Muñoz: “La política es una construcción artificial que se define entre otros rasgos, por su oposición a lo dado, a la naturaleza por lo que su propósito se dirige (...) a desnaturalizar la política. El punto de partida de su discurrir teórico no es a la manera de Hobbes o Rousseau, un análisis de la naturaleza humana que le permita deducir rasgos que ésta presenta unas reglas para la construcción de la comunidad política” (Muñoz, 2006, pág. 59).

Esto significa que la propuesta arendtiana se aleja de concepciones esencialistas, ya que la política para la pensadora no derivada de una naturaleza humana, sino de una propuesta agente y decidida en el ejercicio de una *Vita Activa*

que logre superar la condición receptiva y especulativa de una *Vita Contemplativa*. Este es uno de los propósitos fundamentales expresados por Arendt, en una de sus obras principales, *La Condición Humana*, es decir, reflexionar sobre las diversas condiciones y actividades de la existencia humana, para lograr configurar formas de sociabilidad acertadas para los ciudadanos protagonistas de sus propias circunstancias. Para ello, realiza un esfuerzo intelectual evidenciando el menosprecio de la tradición del pensamiento occidental a los asuntos públicos y políticos de la actuación humana, esto es, se trata de restituir la experiencia vital de la política para recuperar la capacidad de acción, renaciente y colectiva.

Arendt, propone la existencia de tres modalidades de la *Vita Activa*, la labor, el trabajo y la acción. En primer término, labor es la actividad que corresponde a las tareas inmediatas para subsanar las necesidades fisiológicas del cuerpo humano, se encuentra vinculada al cumplimiento de las necesidades vitales para la subsistencia; la condición humana de las actividades laborales es el contenido vital de existencia. En segundo lugar, se encuentra el trabajo, se trata de las actividades artesanales y febriles, es decir, artificiales que producen un entorno de objetos que no se encuentran de manera natural conformando la esfera de la mundanidad. Finalmente, la acción, a diferencia de la labor y el trabajo, es la actividad propia de la *Vita Activa*, que puede prescindir de las necesidades inmediatas y de las satisfacciones objetivas, orientándose por la actuación en los asuntos públicos, las responsabilidades compartidas y las decisiones políticas; la condición humana que le corresponde a la acción es la pluralidad, una cualidad que supone la presencia de la multiplicidad de los seres humanos como presencias singulares y planetarias, en la situación concreta de su comunidad responsable y compartida. La pluralidad es el reconocimiento de la singular experiencia y diferencia que hace de cada ser humano entre los demás, de tal manera que esa multiplicidad viviente es la condición de posibilidad de la vida política, ya que es la acción abierta y libre, múltiple y plural que logra establecer, preservar, generar la fuerza y vitalidad de cada cuerpo político. (Arendt, 1998, pág. 22).

Considerando esta concepción de la actuación vital, es necesario señalar que posee dos facultades que le son propias: la acción y el discurso. Ambos requieren de un espacio de aparición en la esfera pública, donde los sujetos se interrelacionan y establecen diálogos y acuerdos, se van gestando las instituciones comunes y leyes: “Actos y palabras son aquello por lo cual nos insertamos en el mundo. Ninguna otra realización humana requiere del discurso en la misma medida que la acción”, (Arendt, 1998, pág. 203).

La distinción entre acción y discurso nos permite reconocer a la violencia, considerada una especie de acción deformada en la cual no hay posibilidad de actos o palabras por parte de los individuos. Es decir, la violencia es tan solo una paradójica acción muda, que se encarga de ir desmantelando y destruyendo el mundo humano. La violencia anula la posibilidad de cualquier modalidad de intermediación a través de la acción política conjunta y el dialogo para superar las diferentes expresiones de las relaciones de fuerzas. (Muñoz., 2015, pág. 84).

Si la acción se nos presenta como una irrupción para los cambios, por otro lado, la violencia surge como una contestación hostil e instrumental, limitada por las herramientas o armamento que responde a un propósito de provocar daños, sin embargo, comparten con la acción el hecho de que no se puede estimar sus alcances fácticos: “La violencia - a diferencia del poder o la fuerza- siempre necesita herramientas y es regida por la categoría medios-fin, pero nunca puede ser fiablemente prevista. Además, como los resultados de la acción del hombre quedan más allá del control de quien actúa, la violencia alberga dentro de sí un elemento adicional de arbitrariedad; en ningún lugar desempeña la Fortuna, la buena o la mala suerte, un papel tan fatal dentro de los asuntos humanos como en el campo de batalla (...) No existe certidumbre en estas materias, ni siquiera una última certidumbre de destrucción mutua bajo ciertas circunstancias calculadas”. (Arendt, 2006, pág. 11). Cabe destacar que ahí donde la violencia se enaltece como la forma para solucionar problemas, es indicio de que existe una grave frustración de la facultad de acción, es decir de dialogar y construir proyectos en grupo, situación

que caracteriza al mundo moderno y su ausencia de comunicación real, nos recuerda la autora.

Tanto la acción como el discurso son dos actividades que conforman la esfera de los asuntos antropológico políticos; natalidad y pluralidad en tanto condiciones humanas que posibilitan dichas actividades. La acción y el discurso son las condiciones políticas que logran afirmar las cualidades agentes y comunicativas de la humanidad. Aun cuando la acción es una actividad propiamente consciente, existen dos problemas que suelen salir del control humano. Por un lado, su ilimitada capacidad para generar relaciones y forzar fronteras, límites y determinaciones, constituye la potencialidad productiva sin límites que no cesa al término de un acto. Así, toda reacción se convierte en una cadena, todo proceso es causa de otros surgidos, nuestra reacción también es respuesta y acción en el mismo instante, puesto que toman su propia resolución y afectan a los demás generando respuestas activas. La otra característica es la falta de predicción definitiva de nuestras acciones. Ninguna limitación del cuerpo político resiste la falta de predicción de la acción colectiva, por ello el pleno significado de una acción política solamente se puede dar a través del tiempo, es decir una vez que pasa a la historia y se revela una vez terminado ese proceso.

Nuestra acción, por su carácter de irrupción, iniciación o comienzo, se encuentra estrechamente vinculada a otra condición humana, la natalidad. Esta nos constituye como humanos, en tanto que al nacer surge un ser nuevo que abre la posibilidad de algo inédito. La capacidad de iniciar algo es inherente a los seres humanos, habría que hacer notar que hay una fragilidad en todo asunto político o en todo asunto que se dé directamente entre humanos. Esto es, que gracias a la contigüidad entre hombres y mujeres se generan dos espacios: el físico y el subjetivo. El subjetivo se conforma de actos y palabras, pero no genera productos tangibles ni objetos, este espacio es la trama de las relaciones humanas. Es a partir de esta falta de tangibilidad de los actos y las palabras que la trama de las relaciones humanas ha sido considerada como insegura. (Cruz, 2002, pág. 35)

Podemos decir que la esfera de los asuntos humanos sufre de esta fragilidad puesto que es imposible predecir los alcances de la acción, haciendo complicada la permanencia de cualquier tipo de organización dado que el paso del tiempo es inminente y transforma los escenarios. Sin embargo parece ser el lugar donde la vida política se podría gestar con la creación del espacio público y que nuestra autora recupera de la tradición de la polis griega. Para formular y proponer un concepto de política de la acción comprometida, en el diseño de la conformación de una comunidad organizada para la participación agente y pública que nos permitan visualizar a la humanidad y sus corresponsabilidades activas e ineludibles. (Arendt, 1998, pág. 215).

Es importante recalcar que la autora retoma de la tradición griega conceptos que le permiten hacer una defensa por la dignidad de la política, ya que consideraba un criterio “fundamental para juzgar aquello que tanta falta le hace a nuestra política contemporánea, en donde las oportunidades de participación genuina, de acción conjunta y de debate son pocas. Debemos resistir la tentación de renunciar a la política, de resignarnos a la idea de que no hay nada que podamos hacer frente a su fealdad y corrupción actual. Hacerlo es volvernos cómplices de lo peor” (Bernstein, 2019, pág. 54)

Por una política de la corresponsabilidad.

“La acción, a diferencia de la fabricación, nunca es posible en aislamiento; estar aislado es lo mismo que carecer de la capacidad de actuar. La acción y el discurso necesitan de la presencia de otros...” (Arendt, La Condición Humana., 1998, pág. 211)

La existencia de la pluralidad implica un entretelado de seres humanos que interactúan los unos con los otros, lo que precisa de una dimensión ética y un espacio de aparición, de reconocimiento entre los individuos. Por eso quizás Arendt retoma la concepción política aristotélica de la ciudad-estado, ya que el pensamiento griego considera la *polis* como una modalidad de organización de los

sujetos, que surge del actuar y el hablar en conjunto; propuesta que la pensadora toma de la tradición para matizarla y actualizarla.

Entre los principales aspectos que rescata está la posibilidad de encontrar un espacio público que nos brinde la oportunidad de distinguir con hechos y palabras, una solución a la futilidad de la acción y el discurso, es decir, un medio para que la historia no fuera perecedera ya que recupera un espacio donde son y se reconocen libres. Por tanto, el aparecer público, esto es, el estar entre otros permite la aparición de la esfera política activa en un espacio abierto corresponsable: “La esfera política surge de actuar juntos, de compartir palabras y actos. Así la acción no solo tiene la más íntima relación con la parte pública del mundo común, sino que es la única actividad que la constituye”. (Arendt, 1998, pág. 221).

El espacio de aparición abierto a la ciudadanía precede a toda constitución de la esfera pública, y cobra existencia siempre que los seres humanos se logran agrupar. Esta esfera común se consolida cuando reúne la *lexis* (palabra) y la *praxis* (acción), entre las personas que deciden actuar bajo modalidades conjuntas. En este sentido, el poder es la fuerza cuya potencialidad se encuentra en estar juntos y cuando los vínculos afectivos y emocionales son constitutivos en el reconocimiento de la diversidad y la pluralidad de maneras de ser y pensar, existir y actuar, intervenir y ser afectado por otros, que en palabras de nuestra autora es el “estar juntos”. Esto significa que el ejercicio de la libertad política se actualiza cuando los individuos tienen la posibilidad de aparecer y distinguirse en un espacio corresponsable. (Birulés, 2006., pág. 80).

Para ello, se precisa de una empatía afectiva inspirada en el pensamiento aristotélico, para redescubrir en las virtudes políticas, una valoración de la vida en comunidad y el mantenimiento de compromisos que aspiran a una felicidad colectiva y mutua. Tal como sostenía el estagirita: “Así como en el caso de las virtudes llamamos a unos hombres buenos por su modo de ser y a otros, por sus actividades, así también cuando se trata de la amistad... el afecto se parece a un sentimiento, y la amistad a un modo de ser; pues el afecto va dirigido no menos hacia las cosas inanimadas, pero la amistad recíproca requiere elección y la elección procede de un

modo de ser, y los amigos desean al bien de los que aman por sí mismos, no en virtud de una afección, sino de un modo de ser; y al amar a un amigo aman su propio bien, pues el bueno, al hacerse amigo, llega a ser un bien para su amigo. Cada uno ama, pues, su propio bien, y devuelve lo que recibe, en deseo y placer; se dice, en efecto, que la amistad es igualdad, y esto se da, sobre todo, en la de los buenos” (Aristoteles, 1985, pág. 331).

La concepción ético política que Arendt propone a partir del pensamiento aristotélico, nos amplía la visión de la *polis* griega y su conformación, ya que la pensadora añade rasgos vinculados a su propuesta de la condición activa, donde incluye la pluralidad humana. En este sentido, la autora retoma la posibilidad de conformar una esfera pública que implica una perspectiva político-existencial, donde se requiere de todos los que están en el mundo, entendida como espacio que posibilita la existencia y el reconocimiento activo y social ante los demás.

Así, para Aristóteles, la amistad se da siempre en comunidad y los resultados de los que ella surgen suelen devenir en justicia: “El ideal de la justicia es dar a cada uno según su mérito, lo cual es la igualdad proporcional; el ideal de la amistad, por el contrario, es devolver igual cantidad de afecto y de servicio. La justicia puede ser distributiva (proporción geométrica) o reguladora, (proporción aritmética); la amistad puede ser igualdad o proporción” (Aristoteles, 1985, pág. 335).

Existe una estrecha y compleja relación entre la comunidad y las relaciones amistosas que nos permiten reconocer los actos de justicia. La comunidad, es una asociación de dos o más individuos que tienen intereses comunes y que participan en una acción común: “En tanto en cuanto participan de una comunidad hay amistad y también justicia, El proverbio a las cosas de los amigos son comunes es acertado, pues la amistad existe en comunidad” (Aristoteles, 1985, pág. 338). En este contexto, la estimación amistosa entre personas no es solamente un asunto subjetivo, sino que puede extenderse ya sea por placer o por utilidad, por lo que todas las organizaciones tienden a asimilarse con la comunidad política, pues todas las disposiciones comunes se asocian en vistas a algo humanamente conveniente,

para procurarse relaciones intersubjetivas corresponsables para una existencia libre y justa.

Cabe destacar que en tanto se conforme esta comunidad donde se reconocerán como igual partiendo de una pluralidad humana, es que las acciones pueden aparecer en el espacio público, donde la libertad de la pluralidad se salvaguardada, supone una idea de libertad en comunidad, no en lo individual, entre humanos, entre amigos. “La libertad solo se da dentro del Estado (dentro de la polis o de la ciudad-Estado en los republicanos clásicos), entre la comunidad de iguales. No es una libertad frente a los demás, sino con los demás...” (Muñoz., 2015, pág. 76)

Los conceptos que Arendt propone, tratan de recuperar la dignidad de la política: la acción y la pluralidad, la natalidad y el discurso, el espacio público y la democracia, conforman su apuesta por la libertad, es decir, la participación activa en un espacio público donde mostrarse y manifestarse dialogando sobre los distintos enfoques y puntos de vista. La propuesta por el ejercicio de la libertad en una empática corresponsabilidad es un proyecto ineludible que orienta los esfuerzos más allá de las extrañas paradojas de la acción humana que genera instituciones falibles, sin lograr preservar un espacio público plenamente democrático a través del tiempo.

Nuestra tarea política constante, implica un posicionamiento frente al mundo para habitarlo dignamente con quienes participamos en él. El libre ejercicio de una acción política corresponsable no surge de una cualidad de la vida comunitaria en su conjunto ni de un contrato social, la libertad en la corresponsabilidad es un logro alcanzado por su ejercicio en los ámbitos públicos, mediante el uso del discurso abierto y la acción responsable mutua. De manera que no existe diferencia entre ser libre y actuar justamente, ya que la acción es apertura a la existencia de los demás. La polis como espacio político es la esfera de la corresponsabilidad en común, de los proyectos del futuro humano que no pueden renunciar a la libre participación política en la conformación de una existencia comunitaria. (Birulés, 2006., pág. 81).

Es de la irrenunciable responsabilidad que tenemos para seguir construyendo mundo de la cual depende nuestra real, libertad, la cual no se da por arte de magia, sino que se la tiene que perseguir y trabajar cada vez para conseguirla y mantenerla. Pese a que la autora escribió en el siglo pasado, esta última consideración sobre el espacio que debemos salvaguardar para poder entendernos como humanidad, se nos hace patente frente a un mundo que ya estructura al poder como una sutil forma de autoexplotación.

“Las ingenierías políticas “inteligentes” (Smart), en lugar de emplear un poder visiblemente opresor, utilizan un poder seductor y amable que consigue (psicologiza) que las personas se sometan por sí mismas a un “mejorado” entramado de dominación. El sujeto del rendimiento se explota a sí mismo por el convencimiento de que la realización personal necesariamente pasa por la producción de un trabajo sobre sí mismo que garantice una personalidad (subjetividad) competente, rentable y, por tanto, exitosa”. (Byung, 2017, pág. 47)

Conclusión

Amor Mundi, ¿Por qué es tan difícil amar el mundo?,

Pensar políticamente significa reflexionar desde el presente y responsablemente en comunidad, esto es, volver a preguntarse sobre la condición humana en cada una de las sociedades de nuestra compleja actualidad y a las personas que las conforman. Reconocer y darnos las posibilidades para dotar de sentido intersubjetivo y afectivo a nuestra existencia humana, para asumir en lo íntimo la espontánea libertad, sin abandonar la compleja red comunitaria que nos permita acuerdos en las diferencias y consensos en la pluralidad de las perspectivas, cuyo propósito sea reconocer las condiciones de la acción humana en la tensión social sin el agotamiento burocrático que caracteriza las sociedades actuales.

Las cabilaciones filosóficas y propuestas políticas de Hannah Arendt no son únicamente un recordatorio histórico y trágico, sino una profunda consideración

antropológica y política que nos invita a concebir la libertad como una conquista, que no es un asunto que se otorga sin dramas históricos, sino que es un acontecimiento difícil e incierto, un evento que requiere ser recapacitado cada vez que ocurre o se ve dominado por la violencia. Ya que de lo contrario, podríamos enfrentarnos a nuestro propio desfase social e histórico reiteradamente.

Sin ser condescendientes o falsos optimistas sobre las importantes reflexiones de la pensadora, consideramos que políticamente hemos alcanzado lo requerido para apostar por una participación agente y comprometida de la humanidad, es decir, contamos con diversidad de personas, identidades, géneros que cohabitan, todos y cada uno en la potencia de ejercer actos y discursos para proyectos inéditos e impensados. La condición política humana tiene como punto de partida la conjunción organizada de las personas, en la potencialidad de establecer conjuntamente vínculos que nos formen en tanto seres justos y amables.

No obstante, el continuo desmantelamiento de las instituciones ciudadanas y sociales en varias naciones, enfrentamos el riesgo de que los poderes emergentes tomen el control; la dependencia hacia las tecnologías electrónicas, donde el acceso a ellas es inequitativo y desfasado entre las naciones; la permanente sujeción económica a la que se someten los más vulnerables y desprotegidos; las violencias más sofisticadas e igualmente destructivas que se emplean en las guerras, mientras la racionalidad instrumental y científica se desvincula de los proyectos de justicia social y pacificación, a lo que se suma una crisis climática y explotación de recursos naturales que eventualmente implicarán el conflicto de acceso a los recursos más vitales para mantener la vida en la tierra, son retos a los que nos enfrentamos, corriendo el riesgo de resultar en controles facticos muy violentos e injustos.

Afortunadamente, las preocupaciones especulativas se van diluyendo ante el surgimiento de las diversas intervenciones sociales activas intentando enfrentar a su manera la pobreza y las enfermedades, las guerras y la injusticia, que surgen como una constante emergencia social en la búsqueda de respuestas ante inquietudes colectivas ¿Qué podemos hacer para no tener este tipo de carencias o peripecias humanas? ¿Qué condiciones tenemos para recuperar espacios de

libertad y decisión en un mundo que constantemente nos demuestra que es capaz de destruir con instrumentos cada vez más sofisticados cualquier rastro de existencia y pluralidad en el mundo? Vislumbramos dos alternativas: la posibilidad de comprender los sucesos en su complejidad sin temor a descubrir una verdad desgarradora; y el ejercicio de actuaciones responsables e ideas emancipadoras que nos brinden la disposición de construir otros mundos posibles para lograr recuperar los espacios públicos para la libertad y la justicia de nuestra empática actuación humana. Aún disponemos de las oportunidades para reflexionar y denunciar, comprender y dialogar para lograr trazar otros caminos. Con Arendt tenemos la oportuna ocasión de anticipar con crudeza la presencia de ambiciones convertidas en ideologías, muchas de las veces decepcionando a sus lectores pero abriendo los ojos frente a la adversidad, la paradoja política y la mentira oficial.

Bibliografía

- Arendt, H. (1951). *Los Orígenes del Totalitarismo*. (Titivilus, Ed.) Epub Libre.
- Arendt, H. (1998). *La Condición Humana*. Barcelona: PAIDOS.
- Arendt, H. (2006). *Sobre La Violencia*. Alianza.
- Arendt, H. (1996). *Entre lo pasado y el futuro, ocho ejercicios de reflexión política*. Barcelona: Península.
- Arendt, H. (2015). *Crisis de la República*. (T. A. Russo., Trad.) Buenos Aires.: El Cuenco de Plata.
- Aristoteles. (1985). *Ética Nicomáquea*. Madrid, España.: Gredos SA.
- Bernstein, R. J. (2019). *¿Por qué leer a Hannah Arendt hoy?* Barcelona: Gedisa.
- Birulés, F. (2006.). La tradición revolucionaria y su tesoro perdido. *Daimon*.(26), 77-85.
- Byung, H. (2017). *Sobre el poder*. Barcelona: Herder.
- Cruz, M. (1 de Agosto de 2002). Hannah Arendt, filosofa en tiempos de perplejidad. *Daimon*.(26), 33-41.
- Muñoz, C. S. (2006). Hannah Arendt, ¿Jerusalem o América? La construcción de la comunidad política. *Daimon*., 57-75.
- Muñoz, C. S. (2015). *Estar (políticamente) en el Mundo*. Ciudad de México: Shackleton Books.
- Young-Bruehl, E. (1993). *Hannah Arendt. For the Love of the World*. (M. L. Valdés., Trad.) Valencia, España: Ediciones El Magnanim -IVEI.